

EMELINA



## CAPÍTULO I

**P**ROBABLEMENTE recordará usted, señora, la boda de la señorita de Duval. Aunque no se comentó en París más que un día, como sucede con todo, fué un verdadero acontecimiento para cierta clase de la sociedad. Se efectuó en 1825, si la memoria no me engaña. La señorita de Duval salió del colegio á los diez y ocho años, con ochenta mil libras <sup>1</sup> de renta. El señor Marsan, no poseía sino su título y ciertas esperanzas de llegar algún día á la dignidad de par, cuando muriese su tío, esperanzas que destruyó la revolución de Julio. Por lo demás, no tenía fortuna alguna y sí una juventud bastante desordenada. Dicen que para llevar á la señorita Duval á la iglesia de San Ro-

1) La libra equivale al franco actual.

que, dejó el tercer piso de una casa que había alquilado amueblada y se instaló con aquella en uno de los mejores palacios del arrabal de Saint-Honoré. Tan extraño enlace, hecho, en apariencia, á la ligera, prestóse á mil variadas interpretaciones, de las cuales no había una sola exacta, por no ser ninguna sencilla y porque, á todo trance, se quería atribuir á una causa extraordinaria un suceso inusitado. Algunos detalles, necesarios para explicar las cosas, darán á usted, al mismo tiempo, una idea de nuestra heroína.

Después de haber sido la niña más turbulenta, aplicada, enfermiza y testaruda del mundo, era á los quince años, Emelina, una joven de cutis blanco y rosado, alta, animada y de genio independiente. Siempre del mismo humor y sumamente despreocupada, sólo demostraba tener voluntad en lo que al corazón concernía. No conocía sujeción alguna, y sola siempre en su gabinete, apenas tenía para el trabajo otra regla que su capricho. Su madre, que la conocía y sabía quererla, dióle esa libertad que compensaba en cierto modo la falta de dirección; pues la afición natural al estudio y el ardor de la inteligencia son los mejores maestros para los espíritus bien nacidos. En el de Emelina había tanta seriedad como alegría, si bien sus

años hacían resaltar más esta cualidad. Muy propensa á reflexionar, interrumpía de pronto, con una broma, las más serias meditaciones, y á partir de ese instante, no veía sino el lado cómico de su tema. Se le oía reír sola á carcajadas y en el colegio, llegó á ocurrir que, con su estrepitosa alegría, despertase á media noche á su vecina.

Su muy flexible imaginación parecía capaz de cierto entusiasmo; pasaba los días dibujando ó escribiendo; pero si le acudía á la memoria algún aria de su gusto, dejábalo todo al momento para sentarse al piano y ejecutar cien veces en todos los tonos su pieza favorita; era discreta y nada confiada; no tenía ninguna expansión de amistad, pues un á modo de pudor se oponía en ella á la expresión hablada de sus sentimientos. Le gustaba resolver por sí misma los pequeños problemas que nos salen al paso en este mundo; así se proporcionaba diversiones algo raras, que seguramente no sospechaban las personas que la rodeaban. Pero su curiosidad tenía siempre por límite cierto respeto á sí misma: he aquí un ejemplo de entre otros muchos.

Todo el día estudiaba en una sala en que había una biblioteca de cristales que contenía unos tres mil volúmenes. La llave estaba puesta en la cerradura;

pero Emelina había prometido no tocarla. Siempre cumplió su promesa, conducta meritoria, atendiendo que la joven tenía pasión por aprenderlo todo. Lo que no estaba vedado era devorar los libros con los ojos; por eso se sabía de corrido todos los títulos; recorría sucesivamente todos los estantes y colocaba una silla en la mesa para llegar á los más altos; á ojos cerrados podría poner la mano en el tomo que se le pidiese. Juzgaba á los autores por los títulos de sus obras, y de este modo llevóse terribles desengaños. Mas no es á esto á lo que me refiero.

En dicha sala había una mesita junto á una gran ventana que daba á un patio obscuro. La exclamación de un amigo de su madre hizo notar á Emelina la tristeza de su cuarto; nunca sintió ella en su humor la influencia de los objetos de fuera. Los seres que dan importancia á lo que constituye el bienestar material estaban, para ella, clasificados en la categoría de maniáticos. Siempre sin nada á la cabeza, despreciando el viento y el sol, y nunca más contenta que cuando regresaba mojada por la lluvia, dedicábase en el campo á toda clase de ejercicios violentos. Recorrer siete ú ocho leguas al galope de un caballo, era para ella un juego; á pie, desafiaba á todos, corría, trepaba á los árboles; y el

no andar por los pretiles en vez de caminar por los muelles y el que en lugar de bajar por los escalones no se descendiera por las barandillas, creía que era por respetos humanos. Lo que más le agradaba en casa de su madre era escaparse sola, mirar por el campo y no ver á nadie. Esa afición de niña á la soledad y el placer que sentía en salir con tiempo horroroso debíanse, según decía, á estar segura de que así no irían en *su busca al pasearse*. Impulsada siempre por tan extravagante idea, se embarcaba por su cuenta y riesgo en una lancha, y sin preguntarse á donde iba á aportar, salía del parque, que era atravesado por el río. ¿Cómo la dejaban correr tales peligros? No seré yo quien se encargue de explicarlo.

En medio de semejantes locuras, era Emelina zumbona. Tenía un tío como una bola, de sonrisa tonta, y excelente sujeto. Con razones capaces de hacer reír á un muerto, la niña le convenció de que ella era su verdadero retrato, tanto física como moralmente, lo cual engendró en el digno tío un cariño sin límites á su sobrina. Jugaba ésta con él, como se juega con un niño; le saltaba al cuello cuando él llegaba; se le subía á los hombros; ¿y hasta qué edad? Tampoco lo diré. El mayor placer de la picaresca era mandar á ese personaje,

por lo demás bastante formal, leer en voz alta, cosa difícil, desde el momento que creía á los libros vacíos de sentido, lo que se explicaba por su manera de puntuar; en medio de las frases tomaba aliento, sin más guía que la medida de su respiración, produciendo así el galimatías que puede imaginarse y que hacía desternillarse de risa á la niña. Me veo obligado á decir que otro tanto ocurrió á Emelina en el teatro, al ver las tragedias; pero que en cambio hallaba á veces medio de conmoverse en las comedias más jocosas.

Perdone, señora, estos detalles pueriles que, después de todo, solo retratan á una niña mimada. Hace falta que usted comprenda que semejante genio tenía que proceder más tarde á su manera, y no como todo el mundo procede.

El referido tío se marchó á Suiza, llevando consigo á Emelina, cuando ésta contaba diez y seis años. Al ver las montañas, creeríase que ésta perdiese la razón, por lo intensos que parecían sus arrebatos de alegría. Gritaba; se arrojó de la carretela; quería zambullir el rostro en las fuentes que brotaban de las rocas. Deseaba subir á los picos y descender hasta los torrentes por los precipicios; recogía piedras, arrancaba el musgo; un día entró en una casita de

campo y no quería salir de ella; hubo que sacarla casi á la fuerza, y cuando subió otra vez al carruaje, gritaba á los campesinos: «¡Ah! ¡me dejáis marchar, amigos míos!»

Cuando se presentó en sociedad, no tenía aún señal alguna de coquetería. ¿Es por ventura, un mal, verse lanzada en la vida, sin grandes máximas en carterá? No lo sé. Por otra parte, ¿no se cae á menudo en un peligro al querer huir de él? Testigos son de esto, esas pobres personas á quienes han hecho tan terribles descripciones del amor, que entran en un salón con las cuerdas del corazón apretadas por el miedo, y que al mas ligero suspiro, suenan como arpas. En cuanto al amor, era todavía muy ignorante Emelina. Había leído algunas novelas, en las que escogió una colección de lo que llamaba necedades sentimentales, capítulo que trataba ella á gusto de modo muy divertido. Había pensado vivir únicamente como espectador. Sin cuidarse nada de su apostura, de su rostro ni de su espíritu, cuando tenía que ir á un baile se ponía una flor en la cabeza, sin preocuparse del efecto de su peinado; vestía un traje de gasa, lo mismo que uno de caza, y salía contenta, sin mirarse, las tres cuartas partes del tiempo.

Puede usted figurarse que, con su for-

tuna (pues en tiempo de su madre tenía un dote considerable), le proponían partidos todos los días. No rechazaba ninguno sin previo examen, y estos exámenes sucesivos no le servían sino de pretexto para una galería de caricaturas. Medía las gentes de pies á cabeza con más seguridad de la que generalmente se tiene á sus años; luego, por la tarde, encerrada con sus amigas íntimas, les representaba la entrevista de la mañana; su talento natural para la imitación, la hacía sumamente cómica. Uno parecía azorado, otro era un fátuo, éste hablaba de nariz, aquel saludaba de través. Emelina con el sombrero de su tío en la mano, entraba, se sentaba, hablaba de la lluvia y del buen tiempo, como en una primera visita, llegaba poco á poco á tratar la cuestión del matrimonio, y dejando de pronto su papel, soltaba el trapo á reír; respuesta decisiva que podían llevar á sus pretendientes.

No obstante, llegó un día en que se encontró ante el espejo, arreglando las flores con más arte que de costumbre. Aquel día estaba invitada á una gran cena, y la doncella le había puesto un vestido que no era muy de su gusto. Se acordó de una antigua aria de ópera con la que le habían mecido:

Muy poco falta para inflamarse  
cuando se quiere agradar á los amantes.

La aplicación que se hizo ella de esas palabras, la sumió de pronto en singular aflicción.

Permaneció pensativa toda la tarde, y se la vió triste por primera vez.

El señor de Marsan llegaba á la sazón de Estrasburgo, en donde estaba de guarnición su regimiento. Era aquel uno de los hombres más guapos que imaginarse puede, con esa presencia activa y algo violenta que usted conoce. No sé si asistía también á la cena en que tomó parte la joven del vestido nuevo; pero sí, que fué invitado á una cacería en las posesiones de la señora de Duval, que tenía magníficas tierras cerca de Fontainebleau. Emelina acudía también á esta partida de caza. En el momento de entrar en el bosque, el ruido del cuerno hizo desbocarse el caballo que ella montaba. Acostumbrada á los caprichos del animal, quiso castigarlo después de haberle calmado; pero un fustazo demasiado fuerte estuvo á punto de costarle la vida. Furioso, lanzóse el caballo á campo traviesa, arrastrando á la imprudente amazona á una quebrada profunda, cuando el señor de Marsan, que se había apeado, corrió á detenerlo; el choque le derribó, rompiéndole un brazo.

A partir de ese día pareció variar completamente la índole de Emelina. A

su alegría sucedió un raro aspecto de distracción.

Poco tiempo después, murió la señora Duval y se vendieron las tierras. Asegurábase que en la casa del barrio de Saint-Honoré, la huerfanita alzaba regularmente su celosía á la hora en que pasaba á caballo un guapo mozo que se encaminaba á los Campos Elíseos. Sea lo que fuere, un año después, Emelina declaró á su familia sus intenciones, que nadie pudo destruir. No necesito hablar del barullo y la indignación con que trataron de disuadirla. Tras seis meses de obstinada resistencia, á pesar de cuanto se pudo decir y hacer, hubo que ceder á los deseos de la señorita y hacerla condesa de Marsan.



## CAPÍTULO II

**E**FFECTUADA la boda, renació la alegría. Era interesante el ver á una mujer volver á ser niña después de sus bodas; creyérase que la vida de Emelina hubiese sido suspendida por su amor; así que éste se vió satisfecho, emprendió aquélla de nuevo su curso, como un arroyuelo parado un instante.

Ya no era en el cuartito obscuro donde sucedían las niñadas de todos los días, sino en el palacio de Marsan, en los salones más serios; y puede usted imaginar los efectos que producían. El conde, grave y, á veces, taciturno, molestado quizá por su nueva posición, paseaba algo tristemente á su mujer, que se reía de todo sin pensar en nada. Esto chocó al principio, criticóse luego, y,

finalmente, se acabó por acostumbrarse á ello, como á todo. La reputación del señor Marsan no era la de un hombre por casar; pero sí muy buena como marido; por otra parte, aunque se quisiera ser más severo, no había nadie á quien no desarmase la benévola alegría de Emelina. El tío Duval tuvo buen cuidado de anunciar que el contrato no dejaba á su sobrina á la merced de un amo; la gente se contentó con esa confianza que tuvieron á bien hacerle, y respecto de los antecedentes y la causa de la boda, consideráronse éstos como de un capricho, de que los habladores formaron una novela.

Sin embargo, preguntábanse por lo bajo qué cualidades extraordinarias habrían podido seducir á una rica heredera y decidirla á semejante calaverada. Las gentes á quienes ha maltratado el azar, difícilmente conciben que se disponga así de dos millones no siendo por una causa sobrenatural. No saben que si la mayoría de los hombres ansía ante todo riquezas, una joven, en cambio, ni sospecha á veces lo que es el dinero, sobre todo cuando nació con él y no vió á su padre ganarlo. Esta era casualmente la historia de Emelina: se casó con Marsan porque éste le había gustado y por no tener padre ni madre que la contrariasen; mas ni siquiera pensó

en la diferencia de fortunas. Marsan la había seducido por las cualidades visibles que revelan al hombre: la belleza y la fuerza. Ante ella y por ella, había realizado la sola acción que hizo palpar el corazón de la joven; y como la alegría habitual se une, á las veces, con una disposición novelera, habíase entusiasmado ese corazón sin experiencia. Por ésta causa, la loca condesa amaba con exceso á su marido; él era lo único bueno para ella, y al darle ésta el brazo, nada merecía que volviese la cabeza.

Durante los cuatro primeros años de matrimonio, se los vió muy poco á una y otro. Habían alquilado una casa de campo á orillas del Sena, cerca de Melun. En este lugar hay tres ó cuatro pueblos llamados May, y como la casa está construída aparentemente en el emplazamiento de un antiguo molino, la denominan el *Molino de May*. Es una vivienda deliciosa, donde se goza de encantadoras vistas. Una gran terraza plantada de tilos, domina la ribera izquierda del río, y del parque se baja á la orilla del agua por una colina de verdura. Detrás de la casa, hay un patio de gusto y elegancia singulares, que forma por sí solo un edificio en cuyo centro había una faisanería; la casa está rodeada por un parque inmenso, lindante con el bosque de la Rochette. Usted ya co-



noce ese bosque, señora; ¿recuerda el *Paseo de los Suspiros*? Nunca supe de dónde le viene ese nombre; pero siempre me ha parecido que lo merece. Cuando da el sol en el estrecho soto y que al pasearse solo al calor del mediodía, se ve extenderse tan larga galería á medida que uno adelanta, se inquieta y alegra uno de verse solo, y se extasía involuntariamente.

A Emelina no le gustaba ese paseo; se le antojaba sentimental, y recordaba las burlas del convento cuando hablaban de él. En desquite, le encantaba el patio; en él pasaba dos ó tres horas diarias con los hijos del colono. Mucho temo que mi heroína le parezca necia si le digo que, cuando venían á verla, la hallaban á veces en un almiar, agitando una enorme horca, con los cabellos llenos de heno; y antes de que se tuviera tiempo de ver á la niña mimada, se hallaba junto á uno la condesa, haciendo los honores de su casa con una gracia que hacía perdonarlo todo.

Si no estaba en el patio, para verla, había que buscar, al fondo del parque, su pequeño otero verde, entre rocas; era un verdadero desierto de niña, como el de Rousseau en Ermenonville, tres piedras y un matorral; allí, sentada á la sombra, cantaba en voz alta, leyendo las Oraciones fúnebres de Bossuet ó

cualquier otra obra de igual gravedad. Si tampoco la hallasen en ese sitio, estaría corriendo á caballo á lo largo de la viña, obligando á algún rocín de la granja á saltar zanjas y vallados, divirtiéndose sola con imperturbable sangre fría, á expensas del pobre animal. De no estar en la viña, ni en el desierto ni el patio, estaría probablemente ante el piano, descifrando una partitura nueva, con la cabeza hacia adelante, los ojos animados y temblorosas las manos; la lectura de la música le absorbía toda, y Emelina palpitaba de esperanza ante la idea de descubrir un aria ó una frase de su gusto. Mas si el piano permanecía tan mudo como lo demás, entonces se vería á la dueña de la casa sentada, ó mejor, acurrucada en un almohadón al lado de la chimenea, hurgoneando el fuego con las tenazas en la mano. Sus ojos distraídos buscan por las ventas del mármol figuras, animales, paisajes, mil alimentos de ensueños, y, absorta en tal contemplación, se quema la punta del pie con el hurgón candente.

Eso son verdaderas locuras, me dirá usted, más no estoy componiendo una novela, como habrá usted notado, señora.

Como, á pesar de sus locuras, tenía talento, aconteció que, sin enterarse, al cabo de cierto tiempo, se formó en torno

suyo una tertulia de gentes de ingenio. En 1829, Marsan se vió precisado á ir á Alemania para asuntos de una herencia que no le produjo nada. No quiso llevar consigo á su mujer y la confió á la marquesa de Ennery, tía suya, que fué á hospedarse al Molino de May. La señora de Ennery tenía genio mundano; había sido bella en los buenos tiempos del Imperio, y andaba con exagerada dignidad, cual si arrastrase un vestido de cola. Un abanico antiguo de lentejuelas del que nunca se separaba, servíale para taparla á medias cuando se permitía un dicho picaresco que se le escapaba adrede; pero el decoro quedaba siempre al alcance de su mano, y así que bajaba el abanico, bajaban también los párpados de la señora. Su modo de ver y de hablar extrañaron al principio á Emelina, hasta un extremo que no puede figurarse; porque, con su ligereza, la señora de Marsan era inocente en demasía. Los agradables relatos de su tía, la manera de considerar ésta el matrimonio, sus veladas sonrisas al hablar de otros, sus suspiros al hablar de sí misma, todo esto dejaba á Emelina ya seria y estupefacta, ya loca de alegría, como la lectura de un cuento de hadas.

Excusado es decir que el *Paseo de los Suspiros* agradó mucho á la anciana señora, así que lo vió. La sobrina acudió

á él por complacencia; ahí fué donde, á través de un diluvio de chafalditas, entrevió Emelina el fondo de las cosas, lo que equivale á decir, propiamente hablando, el modo de vivir de los parisienses.

Paseábanse ambas solas, una mañana, y hablando se acercaban al bosque de la Rochette; en vano intentaba la de Ennery hacer contar á la condesa la historia de sus amores; le interrogaba de mil maneras acerca de lo que acaeció en París, durante el año misterioso en que el señor Marsan galanteaba á la señorita Duval; le preguntaba, riendo, si habían tenido algunas citas, si se había robado algún beso antes del contrato: en una palabra, cómo nació la pasión. Respecto á este punto, Emelina ha permanecido muda toda la vida; tal vez me equivoque, pero creo que la razón de este silencio está en que no puede hablar de nada sin bromea, y que en esta cuestión, no quiere bromas. En resumen, viendo la anciana la inutilidad de sus esfuerzos, varió de tesis, y preguntó si, después de cuatro años de matrimonio, vivía aún tan extraño amor.—Lo mismo que vivía el primer día, contestó Emelina, y como vivirá en mi día postrero.—A estas últimas palabras, la señora de Ennery se detuvo y besó majestuosamente en la

frente á su sobrina.—Mereces ser feliz, niña querida, le dijo, y la felicidad se ha hecho para el hombre de tí amado. Después de esta frase pronunciada en tono enfático, se levantó de pronto, y añadió melosamente:—Parecíame que Sorgues te miraba amorosamente.

El señor de Sorgues era un hombre con arreglo á la moda, muy aficionado á caballos y á la caza, que iba á menudo al Molino de May, más bien para visitar al conde que á su señora. Era, no obstante, muy cierto, que miraba tiernamente á la condesa; pues ¿qué hombre desocupado no mira, á doce leguas de París, á una mujer bonita, cuando la encuentra? Emelina nunca se había cuidado apenas de él, no siendo para que, en su casa, nunca le faltase nada. Le era indiferente; pero la observación de su tía se lo hizo odiar sin quererlo ella. Quiso la casualidad que, al volver del bosque, viese en el patio un carruaje que reconoció ser el del señor de Sorgues. Éste se presentó momentos después, demostrando su sentimiento por haber llegado demasiado tarde del campo y no ver al señor Marsán. Fuera por extrañeza, fuera por repugnancia, no pudo Emelina ocultar cierta emoción al verle; se puso colorada, y él lo notó.

Como Sorgues estaba abonado á la

Ópera, y había mantenido á dos ó tres comparsas por cien escudos mensuales, creíase hombre de buena suerte y obligado á sostener su papel. Al ir á cenar quiso saber hasta qué punto había fascinado, y estrechó la mano de la señora de Marsan. Ésta se estremeció de pies á cabeza, por lo nueva que fué para ella la impresión; no hacía falta tanto para volver ébrio de vanidad á un fátuo.

Durante un mes decidió la tía que el señor de Sorgues era el *adorador*; esto constituía un tema inagotable de antiguas simplezas y de palabras de doble sentido, que Emelina soportaba con trabajo, pero ante las cuales le obligaba á someterse su bondad natural. Explicar por qué motivos le parecía á la vieja marquesa amable el adorador, y por qué otros le gustaban menos, es, por desgracia ó por fortuna, cosa imposible de escribir é imposible de adivinar. Pero fácilmente puede suponerse el efecto que producirían en Emelina semejantes ideas, acompañadas, claro está, de ejemplos sacados de la historia moderna y de todos los principios de gentes bien educadas que galantean como profesores de baile. En un libro tan peligroso como las relaciones de que habla su título, creo que es donde se halla una observación cuya profundi-

dad no se conoce lo bastante y que dice así: «Nada corrompe más pronto á una mujer joven, que el creer corrompidos á aquellos á quienes debe respetar». Las conversaciones de la señora de Ennery despertaban en el ánimo de su sobrina un sentimiento de naturaleza muy distinta.—¿Quién soy yo, decía para sus adentros, si el mundo es así?—Le atormentaba el pensar en la ausencia de su marido; desearía tenerlo á su lado cuando pensaba junto al fuego; á lo menos hubiera podido consultarle, preguntarle la verdad; él debía de saberla, puesto que era hombre, y Emelina juzgaba que la verdad dicha por aquella boca no debía ser de temer.

Resolvió escribir á Marsan y darle queja de su tía. Ya estaba escrita y sellada la carta, y se preparaba para enviarla, cuando, por una rareza de su genio, la arrojó, riendo, al fuego. «¡Qué necia soy en preocuparme! se dijo con su acostumbrada alegría; ¿no viene ahí un buen señor á asustarme con sus apasionadas miradas?» En el mismo instante entraba el señor de Sorgues. Indudablemente, había tomado resoluciones extremadas por el camino, puesto que cerró rápidamente la puerta, y acercándose á Emelina, sin decirle una palabra, la cogió y la besó.

La joven se quedó muda de asombro,

y por toda respuesta, tocó la campanilla. Sorgues, en su condición de hombre afortunado, comprendió en el acto y se fué. La misma tarde escribió una extensa carta á la condesa, y no se le volvió á ver en el Molino de May.



### CAPÍTULO III

**E**MELINA no habló á nadie de su aventura. Sólo vió en ella una lección para sí misma y un tema de reflexión. No se alteró su humor, pero cuando la señora de Ennery, según su costumbre, la besó por la noche, antes de retirarse, un ligero escalofrío hizo palidecer á la condesa.

Lejos de quejarse de su tía, como había decidido, no deseaba sino acercarse más á ella, y hacerle hablar más aún. Apartada la idea del peligro, por la marcha del adorador, no quedaba en la cabeza de la condesa mas que una curiosidad insaciable. La marquesa tuvo una juventud borrascosa, en toda la extensión de la palabra; al confesar la tercera parte de la verdad, era ya muy divertida, y á veces, después de cenar,

confesaba la mitad á su sobrina. Verdad es que todas las mañanas se despertaba con intención de no volver á decir nada más y de retirar cuanto había dicho; pero por desgracia, sus anécdotas se parecían á los corderos de Pa-nurgo; á medida que avanzaba el día, se multiplicaban las confidencias, de modo que al dar las doce de la noche, parecía que la aguja hubiese contado el número de historietas de la buena mujer.

Arrellanada en un gran sillón, Emelina escuchaba gravemente; inútil es añadir que esa gravedad era interrumpida á cada momento por una risa loca y por las más graciosas preguntas. A través de los escrúpulos y reticencias indispensables, la señora de Marsan descifraba á su tía como se descifra un manuscrito precioso en que faltan muchas páginas que la inteligencia del lector tiene que reemplazar: aparecióle el mundo bajo nuevo aspecto; vió que para mover los titeres hace falta conocer y agarrar los hilos. De este pensamiento, sacó para los demás una indulgencia que ha conservado siempre; parece, en efecto, que nada la ofende y nadie hay menos severa que ella para con sus amigos; esto procede de que la experiencia le obligó á considerarse como un sér aparte, y que, recreándose

inocentemente con las debilidades del prójimo, renunció ella á imitarlas.

Entonces fué cuando, de regreso á París, se convirtió en esa condesa de Marsan de que tanto se ha hablado y que estuvo tan pronto en boga. Ya no era la niña Duval ni la joven casada turbulenta y casi siempre despeinada. Una sola prueba y su voluntad, la transformaron súbitamente. Era una mujer de corazón y cabeza que no quería amores ni conquistas y que con reconocido tacto, hallaba siempre medio de agrandar en todas partes. Creyérase que se hubiese dicho á sí misma: «¡Ya que el mundo anda así, pues bien, le tomaremos como es!» Había adivinado la vida, y recordará usted que, durante un año, no hubo fiesta alguna sin ella. Se ha dicho, lo sé, que tan extraordinario cambio no pudo ser realizado más que por el amor, y se ha atribuído á una nueva pasión el nuevo brillo de la condesa. ¡Se juzga tan de prisa y se engaña uno tan bien! Lo que produjo el encanto de Emelina fué su resolución de no atacar á nadie y de ser, á su vez, inatacable. Si á alguien pueden aplicarse las preciosas palabras de uno de nuestros poetas: «Vivo por curiosidad»<sup>1</sup>, es á la señora de Marsan. Esa frase la resume del todo.

1) Victor Hugo, *Marion Delorme*.

El señor de Marsan volvió; el poco éxito de su viaje no la puso de buen humor. Sus proyectos quedaban destruidos. Encima vino la revolución de Julio, y él perdió las charreteras. Fiel al partido que servía, no salió ya, no siendo para hacer algunas visitas por el arrabal de Saint Germain. En medio de tan tristes circunstancias, cayó Emelina enferma; su delicada salud se quebrantó por largos padecimientos y creyó morir. Al año, apenas se la conocía. Su tío la llevó á Italia y hasta 1832 no volvió de Niza con el digno hombre.

Ya le he dicho que se formó en derredor suyo un corrillo; volvió á tenerlo á su regreso; pero de viva y ágil que antes era, tornóse sedentaria. Parecía que le abandonase la agilidad de su cuerpo, y sólo le quedase la del espfritu. Rara vez salía, como su marido, y casi nunca se pasaba de noche bajo su ventana, sin ver la luz de su lámpara. Allí se reunían varios amigos; como las gentes selectas se buscan, no tardó en ser el palacio de Marsan un agradabilísimo punto de reunión, al que no se entraba ni muy fácil ni muy difícilmente, y que tuvo el buen sentido de no convertirse en agencia de ingenio. Marsan, acostumbrado á vida más agitada, se aburría por no saber que hacer. Nunca fueron muy de su agrado la ociosidad ni

las conversaciones. Al principio, se le veía más de tarde en tarde con la condesa, y, poco á poco, dejósele de ver. Y hasta se ha dicho que, cansado de su mujer tomó una amante; como esto no se ha probado, no hablaremos más de ello.

Empero Emelina tenía veinticinco años y, sin percatarse bien de lo que en ella pasaba, sentía que le iba invadiendo el fastidio. Acudió á su memoria el *Paseo de los Suspiros*, y la soledad empezó á inquietarle. No se le ocurría la idea de que se podía amar dos veces en la vida; desde este punto de vista, creía haber agotado el corazón, cuyo único depositario era para ella su marido; al oír á la Malibrán, apoderábase de Emelina un temor involuntario; de vuelta á su casa y encerrada, pasaba á veces la noche entera cantando sola, y, con frecuencia, las notas se le volvían convulsas en la garganta.

Creó que para hacerla feliz le bastaría su pasión por la música; tenía un palco en los Italianos, que mandó tapizar de seda como un gabinete. Decorado con sumo cuidado, fué durante algún tiempo ese palco objeto de todos sus pensamientos; ella había escogido la tela y mandado llevar un espejito gótico que le gustaba. No sabiendo como prolongar esa diversión infantil, añadía cada día alguna cosa; ella misma construyó para

su palco un taburetito de tapicería que era una obra maestra; en fin, cuando todo estuvo definitivamente terminado, cuando ya no halló medio de inventar nada, se vió sola, una tarde, en su querido rincón, frente al *Don Juan* de Mozart. No miraba ni la platea ni el escenario; sentía irresistible impaciencia: Rubini, la Heinefetter y la Santay cantaron el terceto de las Máscaras, que el público hizo repetir. Perdida en sus ensueños, Emelina escuchaba con toda el alma; al volver en sí, notó que había extendido el brazo contra una silla vacía que estaba á su lado y que, á falta de una mano amiga, apretaba fuertemente el pañuelo. No se preguntó por qué no se hallaba allí su esposo; pero sí se preguntó por qué estaba sola ella, y esta reflexión la turbó.

Al volver á casa, encontró á su marido en el salón, jugando al ajedrez con un amigo. Sentóse Emelina á corta distancia, y casi sin querer, miró al conde. Seguía ella los movimientos de aquel rostro tan noble, que tan bello había visto á los diez y ocho años, cuando Marsan se había arrojado al encuentro de su caballo. El conde perdía, y sus cejas fruncidas no le daban muy graciosa expresión. De pronto sonrió; la fortuna se ponía de su parte y sus ojos brillaron.

—¿Tanto te gusta ese juego?—preguntó Emelina sonriendo.

—Como la música, para pasar el rato,—respondió el conde.

Y prosiguió, sin mirar á su mujer.

«¡Pasar el rato!» se repetía, bajito, Emelina, en su cuarto, al momento de acostarse. Esas palabras no le dejaban dormir: «Es guapo, es bueno, me ama». No obstante, el corazón le latía con violencia; ella oía el ruido del reloj y la monótona vibración del balancín se le hacía insoportable; se levantó con intención de pararlo. «¿Qué hago?» se preguntó. «¿Acaso puedo detener la hora y el tiempo, obligando á este reloj á callarse?»

Con los ojos fijos en el reloj, entregóse á pensamientos que nunca había tenido. Pensó en lo pasado, en lo porvenir, en la rapidez de la vida; no comprendía para qué estamos en la tierra, lo que hacemos en ella y lo que nos aguarda luego. Buscando en su corazón, no halló más que un día en que había vivido, el en que se enteró de que amaba. Lo demás se le antojó un sueño confuso, una serie de días uniformes, como el movimiento de la péndola. Llevóse la mano á la frente y sintió invencible necesidad de vivir; ¿no sería de padecer? tal vez. En aquel momento prefiriera ella el dolor á la tristeza. Pensó que quería variar



á todo trance de existencia. Concibió cien proyectos de viaje, y no le gustaba ningún país. ¿Qué iba á buscar? La inutilidad de sus deseos y la incertidumbre que le abrumaba la espantaron; corrió al piano y quiso ejecutar el terceto de las Máscaras; pero á los primeros acordes se deshizo en lágrimas y quedó pensativa y desanimada.



## CAPÍTULO IV

**E**NTRE los asíduos concurrentes del palacio de Marsan, había un joven llamado Gilberto. Reconozco, señora, que al hablar á usted de él, llevo á un punto delicadísimo, y no sé cómo saldré de él.

Llevaba seis meses, concurriendo una ó dos veces por semana á casa de la condesa, y lo que sentía al lado de ésta no debe llamarse amor. Por más que se diga, el amor es la esperanza: y tal como sus amigos conocían á Emelina, aunque ésta inspiraba deseos, su genio y su conducta no se avenían á enardecerlos. Gilberto no había pensado nunca en cosas de esa índole en presencia de la señora de Marsan, que le agradaba por su conversación, por su modo de pensar, por sus gustos, por

su gracia y por algo de malicia, que es el sostén de la gracia. Lejos de ella, una mirada, una sonrisa, alguna belleza secreta entrevista ¿qué sé yo? mil recuerdos se apoderaban de él, persiguiéndole constantemente como esos fragmentos de melodía de que no puede uno librarse después de una velada musical; pero así que la volvía á ver, recobraba la calma, y acaso la facilidad que tenía de verla á menudo le impidiese desear más, que á veces hasta perder los seres amados; no se nota lo que se les amaba.

Cuando iba de noche á casa de Emelina la encontraba casi siempre acompañada; Gilberto llegaba casi siempre á eso de las diez, en el momento en que más gente había, y nadie se quedaba más que otros: todos salían juntos, á las doce; á veces más tarde, si se habían entretenido con algún cuento divertido. De ahí resultaba que, en los seis meses, á pesar de su asiduidad en ir á casa de la condesa, Gilberto no había tenido ninguna conversación á solas con ella. No obstante, la conocía muy bien y quizá mejor que los más íntimos, ya por penetración natural, ya por un motivo que también hay que decir. Le gustaba la música tanto como á ella; y, como un gusto dominante explica muchas cosas, por esto la adivinaba: una frase de una

romanza ó un pasaje de un aria italiana eran para él la llave de un tesoro; terminada el aria, miraba á Emelina, y rara vez dejaba de tropezar con sus ojos. Si se hablaba de un libro nuevo ó de una obra representada la víspera, si alguno de ellos exponía su opinión, aprobaba el otro con un movimiento de cabeza. Ante una anécdota solían reirse al llegar al mismo punto; y el conmovedor relato de una buena acción les hacía desviar al mismo tiempo sus miradas por temer descubrir su excesiva emoción. En una palabra, simpatizaban. Pero, me dirá usted, eso es amor; tenga paciencia, señora; todavía no.

Gilberto acudía con frecuencia á los *Bouffes*, y á veces permanecía un acto en el palco de la condesa. La casualidad quiso que uno de esos días se volviese á representar *Don Juan*. Allí estaba el señor de Marsan. Al llegar el terceto, Emelina no pudo menos de mirar á su lado y acordarse del pañuelo; ahora tocaba á Gilberto soñar al son de los bajos y de la melancólica armonía; toda su alma pendía de los labios de la Sontag, y quien no sintiera como él, podría creerle locamente enamorado de la seductora cantante; los ojos del joven brillaban. En su rostro, algo pálido, sembrado por largos cabellos negros, se leía el placer que experimentaba; tenía

entreabiertos los labios, y su temblorosa mano llevaba ligeramente el compás contra el terciopelo de la barandilla. Emelina sonrió; y en aquel momento, sentado en el fondo del palco, dormía profundamente el conde.

Son tantos los obstáculos que en este mundo se oponen á casualidades de esta clase, que no son sino contrastes; pero, por esta misma razón chocan más y dejan más duradero recuerdo. Gilberto no sospechó siquiera el pensamiento secreto de Emelina ni la comparación que pudo ésta hacer. Y sin embargo, había ciertos días en que en el fondo del corazón se preguntaba si era feliz la condesa; pero, al pensar en ello, dudaba. Como veían poco más ó menos á las mismas personas y vivían en la misma sociedad, los dos tenían necesariamente mil ocasiones de escribirse por motivos de poca importancia; sus misivas, indiferentes y sujetas á las reglas de la etiqueta, hallaban siempre medio de contener una frase, una idea que inducían á pensar. A menudo permanecía Gilberto teniendo abierta sobre la mesa, toda la mañana, una carta de la señora de Marsan, carta en la que, involuntariamente, fijaba de cuando en cuando los ojos. Su excitada imaginación le hacía buscar un sentido particular á las cosas más insignificantes. Emelina firmaba á

veces en italiano *Vostrissima*; y por más que Gilberto no viera en esto más que una fórmula amistosa, se empeñaba, no obstante, en que dicha palabra quería decir: «Toda de usted».

Sin ser hombre afortunado como el señor de Sorgues, Gilberto había tenido concubinas: distaba mucho de profesar á las mujeres ese amago de desprecio temprano que los jóvenes toman por moda; pero tenía su modo de pensar, y no se lo explicaré á usted más que diciendo que la condesa de Marsan le parecía una excepción. Indudablemente, hay muchas mujeres formales; he dicho mal, señora, lo son todas; pero hay maneras de serlo. Emelina, á su edad, rica, bella, algo triste, exagerada para ciertas cosas, descuidada con exceso para otras, rodeada de la mejor sociedad, llena de talento, amante de diversiones, reunía, en opinión del joven, muy extraños elementos de formalidad, que así le parecían á Gilberto todas aquellas cualidades.

—¡Pero es hermosa!—pensaba, cuando, en las dulces noches de agosto, paseaba por el *boulevard* italiano.—Probablemente amaré á su marido; pero solo con cariño de amistad; el amor pasó ya, ¿vivirá ella sin amor?

Y al tiempo que así pensaba, reflexionó que él llevaba seis meses sin querida.

Un día que fué de visitas, pasaba por delante de casa de Marsan y llamó, contra su costumbre, ya que no eran más que las tres: suponía sola á la condesa, y extrañábase que la idea de tan feliz casualidad no se le hubiera ocurrido antes. Le dijeron que había salido. Malhumorado, encaminóse á su casa, y según su costumbre, iba hablando solo, entre dientes. No necesito decir á usted en lo que pensaba. Dominado poco á poco por sus distracciones, se desvió de su camino. Creo que fué en una esquina de la encrucijada Bussy donde tropezó bastante bruscamente con un transeunte y de manera á lo menos rara; porque, de pronto, se encontró frente á frente con un rostro desconocido, al que acababa de decir en voz alta: «Si, no obstante, que le amo le dijese...»

Cuando, avergonzado de su locura, se retiraba, sin poder menos de reirse, notó que su ridículo apóstrofe constituía un verso bastante bien formado. Había compuesto algunos en la época en que iba al colegio; se le antojó buscar la rima, y la halló como va usted á ver.

Al día siguiente era sábado, día de recibo de la condesa. El señor de Marsan empezaba á cansarse de sus resoluciones solitarias, y aquel día había en su casa mucha gente; encendidas las arañas, abiertas todas las puertas, con

gran tertulia junto á la chimenea, los hombres por un lado y las mujeres por otro, no era aquel sitio á propósito para cartas de amor. Acercóse Gilberto, no sin dificultad, á la dueña de la casa y después de hablar un cuarto de hora con ella y sus compañeras de cosas indiferentes, sacó del bolsillo un papel doblado y entreteníase en arrugarlo. Como ese papel, por arrugado que estuviese, parecía una carta, el joven esperaba que lo echasen de ver; alguien lo vió, en efecto; pero no fué Emelina. Gilberto lo metió de nuevo en el bolsillo y volvió á sacarlo después; al fin fijó en él los ojos la condesa y preguntó lo que contenía.

—Son—dijo Gilberto,—versos de mi cosecha, que he compuesto para una dama bella, y que se los enseñaría á usted, si me prometiese no perjudicarme en la imaginación de esa dama, en caso de que usted adivine quién es.

Emelina cogió el papel y leyó las siguientes estrofas:

#### Á NINON

Si je vous le disais, pourtant, que je vous aime,  
Qui sait, brune aux yeux bleus, ce que vous en diriez?  
L'amour, vous le savez, cause une peine extrême:  
C'est un mal sans pitié que vous plaiguez vous-même;—  
Peut-être cependant que vous m'en puniriez.

Si je vous le disais, que six mois de silence  
Cachent de longs tourments et des vœux insensés?

Ninon, vous êtes fine, et votre insouciance  
Se plaît, comme une fée, à deviner d'avance;—  
Vous me répondriez peut-être: Je le sais.

Si je vous le disais, qu'une douce folie  
A fait de moi votre ombre, et m'attache à vos pas?  
Un petit air de doute et mélancolie,  
Vous le savez, Ninon, vous rend bien plus jolie;—  
Peut-être diriez vous que vous n'y croyez pas.

Si je vous le disais, que j'emporte dans l'âme  
Jusques aux moindres mots de nos propos du soir?  
Un regard offensé, vous le savez, madame,  
Change deux yeux d'azur en deux éclairs de flamme;—  
Vous me défendriez peut-être de vous voir.

Si je vous le disais, que chaque nuit je veille,  
Que chaque jour je pleure et je prie à genoux?  
Ninon, quand vous riez, vous savez qu'une abeille  
Prendrait pour une fleur votre bouche vermeille;—  
Si je vous le disais, peut-être en ririez-vous.

Mais vous n'en saurez-rien;—je viens, sans en rien dire  
M'asseoir sous votre lampe et causer avec vous;  
Votre voix, je l'entends, votre air, je le respire;—  
Et vous pouvez douter, deviner et sourire,  
Vos yeux ne verront pas de quoi m'être moins doux.

Je reculte en secret des fleurs mystérieuses:  
Le soir, derrière vous, j'écoute au piano  
Chanter sur le clavier vos mains harmonieuses,  
Et dans les tourbillons de nos valse joyeuses,  
Je vous sens, dans mes bras, plier comme un roseau.

La nuit quand de si loin le monde nous sépare,  
Quand je rentre chez moi pour tirer mes verrous,  
De mille souvenirs en jaloux je m'empare,  
Et là, seul devant Dieu, plein d'une joie avare,  
J'ouvre, comme un trésor, mon cœur tout plein de vous.

J'aime, et je sais répondre avec indifférence;  
J'aime, et rien ne le dit; j'aime, et seul je le sais:

Et mon secret m'est cher, et chère ma souffrance;  
Et je fais le serment d'aimer sans espérance,  
Mais non pas sans bonheur:—je vous vois, c'est assez.

Non, je n'étais pas né pour ce bonheur suprême  
De mourir dans vos bras, et de vivre à vos pieds:  
Tout me le prouve, hélas! jusqu'à ma douleur même...  
Si je vous le disais, pourtant, que je vous aime,—  
Qui sait, brune aux yeux bleus, ce que vous en diriez? <sup>1</sup>.

1) Si, no obstante, que la amo le dijese,=  
¿Quién sabe, morena de ojos azules, lo que opi-  
naría usted?—El amor, como usted sabe, causa  
extraordinaria pena.—Es un mal despiadado,  
que usted misma compadece.—Quizá me casti-  
gase usted.

Si le dijese que seis meses de silencio=Ocul-  
tan largos tormentos é insensatas promesas,=  
Ninón, usted es sagaz, y su indiferencia=Se  
complace en adivinar, como un hada, anticipada  
mente.—Quizá me contestase: Lo sé.

Si le dijese que una grata locura=Me ha con-  
vertido en sombra suya y á sus pasos me une...  
=Un asomo de duda y de melancolía=La vuel-  
ven, como usted sabe, Ninón, mucho más bella  
=Diría usted quizá que no lo cree.

Si le dijese que en el alma llevo=Hasta las  
más insignificantes palabras de nuestro colo-  
quio de la tarde...=Una mirada resentida, como  
usted sabe, señora,=Transforma dos ojos de cielo  
en fulgores de llama;=Quizás me prohibiese  
usted verla.

Si le dijese que todas las noches velo,=Que  
todos los días lloro y de rodillas rezo...=Ninón,  
cuando usted ríe, sabe que una abeja=Tomar-  
ía por una flor su boca bermeja;=Si yo se lo  
dijese, quizá se riera usted.

Mas nada sabrá usted; vengo sin decir nada,  
=A sentarme bajo su lámpara y hablar con us-

En cuanto Emelina hubo terminado la lectura, devolvió el papel á Gilberto, sin decir nada. Poco después se lo pidió otra vez, lo leyó de nuevo; luego quedóse con el papel en la mano, indiferente, al parecer, lo mismo que había hecho antes; y como alguien se acercase, se levantó y se olvidó de devolver los versos.

---

ted;=Oigo su voz, su aire respiro;=Y puede usted dudar, adivinar y sonreír;=Sus ojos no verán como serme menos dulces.

Cosecho en secreto flores misteriosas;=Por la tarde, tras de usted, escucho en el piano=Cantar en el teclado sus manos armoniosas;=Y en los torbellinos de nuestros alegres valsos;=La siento, entre mis brazos, doblar como una caña.

De noche, cuando tan lejos nos separa el mundo;=Cuando entro en mi casa para correr los cerrojos;=Me apodero, como celoso, de mil recuerdos;=Y allí, solo ante Dios, preñado de avara alegría;=Abro, cual un tesoro, mi corazón, lleno de usted.

Amo, y sé contestar con indiferencia;=Amo, y nada me lo dice; amo, y yo solo lo sé;=Y me es caro mi secreto, y caro me es mi dolor;=Y juro amar sin esperanza;=Mas no sin felicidad: Veo á usted, es bastante.

No, no nací yo para la suprema dicha;=De morir en sus brazos y á sus pies vivir;=Todo me lo prueba ¡ay! hasta mi mismo dolor....=Sí, no obstante, que la amo le dijese =¿Quién sabe, morena de ojos azules, lo que pensaría usted?



## CAPITULO V

**Q**UIÉN como nosotros, preguntó yo, para proceder tan ligeramente! Gilberto había salido contento para asistir á la velada y volvió de ella temblando como una hoja. Lo que de algo exagerado y algo *más que verdadero* había en sus versos, tornóse verdadero así que los tocó la condesa. Ésta no había contestado nada, sin embargo, y ante tantos testigos no se la podía interrogar. ¿Estaría ofendida? ¿Cómo interpretar su silencio? ¿Habría ella la primera vez? ¿Y qué diría? Su imagen se presentaba tan pronto fría y severa, como risueña y tierna. Gilberto no pudo soportar la incertidumbre; después de una noche sin dormir, volvió á casa de Emelina, y se enteró de que acababa de salir á